



Enrique Jardiel Poncela y las tiendas de tonterías

Enrique Jardiel Poncela (1901-1952) es un novelista y autor teatral con una trayectoria relativamente corta determinada por su temprana muerte. Después de escribir en diversas revistas de humor, publica en 1927 *Amor se escribe con hache*, su primera novela. Como autor teatral se especializa en comedias en las que predominan situaciones absurdas y personajes disparatados. La pugna entre dos familias de chiflados en *Eloísa está debajo de un almendro* le permite cosechar un gran éxito. En la misma línea destacan *Un marido de ida y vuelta*, *Cuatro corazones con freno y marcha atrás*, *Las cinco advertencias de Satanás...* El fracaso comercial de sus últimas producciones teatrales le lleva a una delicada situación económica en los postres años de su vida.

Tiene una notable antología de frases, la mayoría recogidas en su libro *Máximas mínimas* que son frecuentemente utilizadas y plagiadas por muchos autores. A título de ejemplo, se puede citar su conocida expresión: “Hay dos sistemas de conseguir la felicidad: uno, hacerse el idiota, el otro, serlo”. En *Exceso de equipaje*, escrita en 1943, Jardiel Poncela realiza un incisivo y divertido análisis de las características de diversas tiendas de Estados Unidos, y concretamente de Hollywood. Llama la atención la sutileza con que comenta el desenvolvimiento de un mercado amplio y relativamente profundo en la comercialización de “tonterías”. En el texto que se recoge a continuación se puede destacar la clarividencia expositiva, en tono jocosos, con la que describe los descuentos y regateos. Sin olvidar que Jardiel Poncela había realizado este viaje a Estados Unidos en 1932. ■

Exceso de equipaje. Escrita en 1943. Editorial Biblioteca Nueva. Cuarta edición (1988).

Tiendas de tonterías (páginas 85 y 86)

“De vez en cuando es grato en Hollywood darse una vuelta por los Five and Ten (Todo a 65) o por las tiendas de tonterías (Fun Shop). Allí hallaremos todo cuanto puede hacer feliz a un niño y que, desde luego, va a hacernos felices a nosotros: lámparas para sonámbulos; relojes de cartón para colgarlos en las puertas de la oficina e indicarle al visitante a qué hora nos hemos ido y a qué hora estaremos de regreso; cucharillas preparadas para que se caiga en un momento dado el contenido, toda clase de juegos y trucos de prestidigitación; hilo desinfectado para limpiarse las junturas de los dientes; palmatorias que se encienden solas al cogerlas y se apagan solas al soltarlas; puros para fumar de perfil que aprisionados con los dientes por sus dos costados estrechos y presentando al observador los costados anchos dan la sensación de ser normales; máquinas para hacer toda clase

de cosas, desde pelar patatas a imprimir tarjetas de visita; botones provistos de un imperdible para no tener que coserlos; despertadores con “el lobo feroz y los tres cerditos” de movimiento”; pistolas para pescar truchas; teléfonos para hablar de una habitación a otra; cerillas que se encienden al sacarlás de la caja; pitilleras que escupen los cigarrillos encendidos; cigarrillos que echan humo estando apagados; sillas para niños que representan un tigre, un león, un cocodrilo; gafas con limpiacristales automático; casas de campo transportables a remolque; calzado con calefacción propia; impermeables para perros; gemelos de teatro ajustables a la nariz y a las orejas; alfombras de movimiento; cocteleras eléctricas; fuentes de gasolina para mecheros automáticos; líquido para que la lluvia no empañe los cristales; polvos para enfriar las habitaciones; aparatos para producir niebla artificial o telas de araña, y..., y..., y...”

Intimidades de Hollywood (página 101).

Y para una mujer que goce yendo de tiendas, Hollywood es el paraíso. En aparatos de cocina se encuentran colecciones maravillosas. Para sacar huesos; para hacer rellenos; para cortar las patatas de 56 maneras diferentes; para que las naranjas parezcan nueces; para que las nueces parezcan naranjas; para quitarles la cáscara a los huevos; para cortar la carne en forma de pescado; para pintar de azul los limones. Lo que se dice una delicia.

Y todo eso sin contar los “grandes almacenes”, donde puede una pasarse todo el día enterito, porque tienen restaurant, peluquería, gimnasio y biblioteca.

¿El inglés? ¿La diferencia de idioma? Eso no es un obstáculo. Para mí, al menos, no lo ha sido nunca. Con saber decir “*thank-you*”, que, como ustedes saben, es “gracias”; “*how much*”, que es “¿cuánto cuesta?”, y “*cheap*”, que es “barato”, basta y sobra. Se acerca uno a la señorita, pues en América es muy raro que despachen hombres, y se señala

con el dedo el objeto buscado, exclamando: *How much?* La señorita dice una cifra que uno no entiende, pero eso no importa. Sin saber el precio, se abren los ojos así, se retrocede un paso y se protesta: *Oh! Is not cheap.* (¡Oh! No es barato.) La señorita sonríe, y dice otra cifra. Es que ha rebajado. Pero una vuelve a abrir los ojos y a retroceder y a protestar. *Is not cheap! Is not cheap!* En España, el regateo produce efectos pero no siempre. En América no falla, y os rebajan hasta lo inverosímil el objeto pedido, u os ofrecen otra cosa de precio mucho más bajo. Claro, que casi siempre ocurre que vais a comprar un sombrero que os hacía mucha falta y acabáis llevándoos un molinillo de café que no os hacía falta ninguna, pero ¿y la alegría de que os rebajasen nueve dólares de diferencia del molinillo al sombrero? ¿Y la satisfacción de poder llegar a casa diciendo: “Con éste son catorce los molinillos de café que tenemos; pero, hijos, ha sido una verdadera ganga”?



Más Yacimientos literarios en www.mercadosmunicipales.es, dentro de la sección *Los mercados en la literatura*, dirigida y elaborada por **Javier Casares**, con ilustraciones de **Aurelio del Pino**.